

Cuarto domingo de cuaresma

San Juan Clímaco

Lecturas: Hebreos 6:13-20; Marcos 9:17-31

Tropario, tono 8

Por el mar de tus lágrimas, hiciste florecer el árido desierto, por tus profundos lamentos, has hecho que el fruto de tus obras se centuple. Has iluminado al mundo resplandeciendo por tus milagros. Ruega a Cristo Dios, oh bienaventurado padre Juan, para que salve nuestras almas.

Tropario tono 8, uso eslavo

Habitante del desierto y ángel en el cuerpo, obraste multitud de milagros, oh Juan, nuestro padre teóforo. Por el ayuno, las vigiliyas y la oración, recibiste los dones celestiales; sanas las enfermedades y las almas de los que acuden a ti con fe. ¡Gloria al que te ha dado la fuerza! ¡Gloria al que te ha coronado! ¡Gloria al que por ti realiza la curación de todos!

Litúrgica

San Juan Clímaco

Tras la veneración de la Cruz, que tuvo lugar el domingo precedente, la Iglesia hace memoria de San Juan Clímaco. Autor de la Escala Mística, mostró un ejemplo de cómo cargar la cruz y el cumplimiento del ayuno. El evangelio del domingo anuncia la profecía del Señor sobre Su muerte y Su Resurrección. “El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres y lo harán morir; y tres días después de su muerte resucitará” (Marcos 9:31).

Sinaxario

Vida de San Juan Clímaco

Este hombre divino nació seguramente hacia finales del siglo VI. Sólo se sabe que desde los 16 años, después de haber adquirido una sólida formación intelectual, renunció a todos los bienes de esta vida de vanidad,

por amor a Dios, y se dirigió al Monte Sinaí, al pie de esta montaña santa donde en otro tiempo reveló su gloria a Moisés.

Se sometió en cuerpo y alma a un anciano, llamado Martyrios, que moraba en una celda no lejos del monasterio, y se dispuso, libre de toda preocupación, a la ascensión de esta escalera espiritual (klimax), en cuya cima Dios estaba y lo invitaba a añadir “día tras día, fuego sobre fuego, fervor sobre fervor, deseo sobre deseo y celo sobre celo” (1, 46). Lo mantuvo, sin embargo, cuatro años en el estado de novicio y no lo tonsuró hasta la edad de 20 años, después de haber probado su humildad. Uno de los monjes presentes aquel día, llamado Strategio, predijo que este nuevo monje era llamado a ser un día, una de las más grandes luminarias del mundo.

Pasó así diecinueve años en la despreocupación que procura la obediencia, liberado de todo combate por la oración de su padre espiritual, y navegando sin peligro, como durmiendo, hacia el puerto de la impassibilidad (cf. IV, 3). Tras la muerte de Martyrios, resolvió proseguir en soledad su ascenso. Eligió como terreno de ejercicio un lugar solitario, llamado Thola (hoy Wadi el-Tlah), situado a unos 10 kilómetros del gran monasterio, donde otros ermitaños permanecían, no lejos unos de otros. Permaneció allí durante cuarenta años, consumido por un amor de Dios creciente sin cesar, sin preocupación por su propia carne, libre de todo contacto con los hombres, no teniendo otra ocupación más que la oración sin descanso y la vigilancia de su corazón, en vista a “circunscribir lo incorpóreo en una morada corporal” (XXVII, 7), como un ángel revestido de un cuerpo.

Comía todo lo que le permitía la profesión monástica, pero en muy pequeña cantidad, domando así la tiranía de la carne sin ofrecer pretexto a la vanagloria.

¿Qué le quedaba para llegar a la impassibilidad (apatheia)? La cólera, la había vencido tiempo atrás por la espada de la obediencia. La vanagloria, esta espina de tres pinchos, que se dispone siempre contra los combatientes de la piedad, y que se mezcla con todas las virtudes como una sanguijuela (XXI, 5), la había amortiguado por la reclusión y mucho más por el silencio. Y por premio a sus labores, que siempre amenizaba con la censura de si mismo, el Señor le concedió la reina de las virtudes, la santa y preciosa humildad: “esta gracia inefable para el alma, este tesoro, cuyo nombre no es conocido más que por los que han aprendido por experiencia y que lleva el Nombre de Dios mismo (Mateo 11:29)” (XXV, 3).

Vivía cada día como una fiesta (VII, 41) y guardaba la oración perpetua en su corazón, hecho semejante a una fortaleza inviolable a los asaltos de los pensamientos. A veces se maravillaba en espíritu en medio de los coros angélicos, sin saber si estaba en su cuerpo o fuera de él, y con gran libertad pedía entonces a Dios que lo instruyera en los misterios de la teología (XXVII, 48). En cuanto al sueño, no le concedía más que la medida

necesaria para guardar su espíritu vigilante en la oración, y antes de dormirse, rezaba largo tiempo o escribía en tablillas el fruto de sus meditaciones de las Escrituras inspiradas.

A pesar del gran cuidado que tuvo, durante todos estos años, por guardar sus virtudes ocultas a los ojos de los hombres, entonces Dios juzgó que el tiempo había llegado para que transmitiera a otros la luz que había adquirido, para edificación de la Iglesia. La oración de Juan también tenía el poder de sanar las heridas visibles e invisibles. Pero Dios manifestaba en él la gracia, sobre todo, por medio del carisma de la enseñanza espiritual. Su enseñanza espiritual suscitó, sin embargo, el celo de algunos, que esparcieron calumnias contra él, tratándolo de charlatán y vanidoso. Juan, que tenía la conciencia en paz, no buscó justificarse, y para quitar todo pretexto a los que buscaban uno, detuvo durante un año el flujo de sus enseñanzas, convencía que era mejor llevar un ligero perjuicio a los amigos del buen, más que exacerbar el resentimiento de los malvados. Todos los habitantes del desierto fueron edificados por su silencio y por esta prueba de humildad, y sólo fue por medio de las insistencias de sus propios calumniadores arrepentidos, por lo que aceptó recibir de nuevo a visitantes. Colmado de todas las virtudes de la acción y la contemplación, y llegado a la cima de la santa escala por la victoria sobre todas las pasiones del hombre viejo, Juan resplandeció como un astro en la península del Sinaí y fue admirado por todos los monjes. No se estimó más que como un simple iniciado, y ávido de recoger ejemplos de conducta evangélica, emprendió un viaje por diversos monasterios de Egipto. Visitó, en particular, un monasterio cenobítico, en la región de Alejandría, un “verdadero cielo terrestre”. Cuando el santo cumplió estos cuarenta años de estancia en el desierto, como otro Moisés, fue encargado por Dios de tomar la cabeza de este nuevo Israel y se convirtió en higumeno del monasterio (hacia el año 650), al pie de la montaña santa. Se cuenta que, el día de su entronización, seiscientos peregrinos estuvieron presentes y, mientras todos estaban sentados comiendo, se pudo ver al mismo profeta Moisés, revestido con una túnica blanca, yendo y viniendo, y dando ordenes con autoridad a los cocineros, a los ecónomos y los hospederos y a otros sirvientes.

El higumeno de Raïthou (hoy El-Thor), llamado también Juan, siendo informado de la maravillosa forma de vivir de los monjes del Sinaí, escribió a Juan para pedirle exponer, de forma metódica y brevemente, lo que es necesario, para los que han abrazado la vida angélica, para obtener la salvación. Él, que no sabía contradecir, gravó entonces, con el estilo de su propia experiencia, las “Tablas de la Ley espiritual”. Presentó un tratado como una Escala de treinta grados, que Jacob, es decir, “el que ha suplantado las pasiones”, contempló mientras que reposaba sobre el lecho de la ascesis (Génesis 28:12). En esta Cima ortodoxa de la vida espiritual, que perdura a través de los siglos, tanto para los monjes como para los

laicos, el guía por excelencia de la vida angélica, San Juan, no instituye reglas, sino que, a partir de recomendaciones prácticas, detalles juiciosamente elegidos, aforismos o enigmas a menudo llenos de humor, inicia al alma en el combate espiritual y en el discernimiento de los pensamientos. Su palabra es breve, densa, y afilada, y penetra, como una espada, hasta lo profundo del alma cortando sin compromiso toda complacencia del ego y persiguiendo hasta sus raíces la ascesis hipócrita y el egoísmo. Semejante a la de San Gregorio en el dominio teológico, esta palabra es el Evangelio puesto en práctica, y conduce de forma segura a los que se dirigen en una lectura asidua, hasta la puerta del cielo, donde Cristo nos espera.

Llegado a una edad avanzada, el bienaventurado Juan designó a su hermano Jorge, que también había abrazado el camino hesicasta desde el principio de su enunciar, para sucederle a la cabeza del monasterio. Cuando estaba a punto de morir (entre el año 650 y 680), Jorge le dijo: “¡Así me abandonas y partes! Por eso, te ruego que me envíes primero hacia el Señor, pues sin ti, no está en mi poder apacentar esta comunidad”, pero Juan lo tranquilizó y le dijo: “No te aflijas ni te amedrentes. Si encuentro gracia ante Dios, no te dejaré ni acabar un año después de mí”. Efectivamente, diez meses después del reposo de Juan, Jorge partió a su encuentro con el Señor.

Extractos del oficio del día

Vísperas del sábado, estíquera 4 del Lucernario, tono 5

Padre venerable, habiendo escuchado la voz del Evangelio del Señor, abandonaste al mundo, despreciando la riqueza y la gloria; así, clamabas a todos: “Amad a Dios y encontraréis la gracia eterna. No preferáis otra cosa más que Su amor, a fin de que, cuando venga en Su gloria, encontréis el reposo con todos los santos. Por sus súplicas, o Cristo, protege y salva nuestras almas.

Maitines del domingo, canon 1, tono 5, oda 4, tropario 2

Mis pensamientos inconstantes me han alejado de tus mandamientos, oh Salvador, y soy fustigado por mis pecados.

Maitines del domingo, oda 6, canon 2, tono 8, tropario 1

En tu alma recibiste el tesoro del Espíritu, la oración inmaculada, la pureza, la piedad, la vigilancia intensa, las labores de la abstinencia, haciendo de ti mismo la morada de Dios.

Maitines del domingo, Laudes, doxasticón, tono 1

Venid, trabajemos en la viña mística: en ella, produzcamos frutos de arrepentimiento, afligiéndonos, no por el alimento y la bebida, sino, obteniendo las virtudes, en la oración y el ayuno: por estas obras complacientes, el Señor nos concederá lo postrero, por lo cual libra las almas de la deuda del pecado, Él, el único misericordioso.

Homilias

*San Teófano el Recluso
El corazón digno del Paraíso*

En las Bienaventuranzas, el Señor nos presenta el corazón digno del paraíso (Mateo 5:9-12). Es un corazón habitado por la humildad, la aflicción y las lágrimas, la dulzura y la ausencia de cólera, la pureza, el amor a la paz, el sufrimiento de los males y las persecuciones por la fe y la vida cristiana. Si quieres entrar en el paraíso, sé como esto. Y desde aquí recibirás un disfrute con antelación del Paraíso, donde entrarás, justo después de la muerte, como un heredero esperado.

*San Juan Clímaco
Sobre la penitencia*

La penitencia es una restauración del Bautismo. La penitencia es un pacto con Dios para una segunda vida. El penitente es un hombre que compra la humildad. La penitencia es una continua desconfianza de las comodidades del cuerpo. La penitencia es la hija de la esperanza, y la renuncia a la desesperación. El penitente es un culpable que ya no se sonroja. La penitencia es la reconciliación con el Señor por medio de la práctica de las buenas obras contrarias a los pecados cometidos. La penitencia es la purificación de la conciencia. La penitencia es el soporte voluntario de todas las tribulaciones. El penitente es el artesano de su propio castigo. La penitencia es una vigorosa mortificación del vientre y una herida del alma fuertemente sentida.

Tras nuestras caídas, combatamos por encima de todo, al demonio de la tristeza: se presenta a nosotros durante el tiempo de la oración y, haciéndonos recordar nuestra primera familiaridad con Dios, se esfuerza por destruir nuestra oración.

No te asombres de caer todos los días: no abandones la lucha, sino mantén valientemente tu esfuerzo. Y tu ángel guardián mismo rendirá homenaje a tu sufrimiento.

Antes de la caída, los demonios nos dicen que Dios es amigo de los hombres, pero cuando hemos caído, lo hacen parecer despiadado.

El que verdaderamente quiere su rectificación, considera como perdido cada día que no ha estado cerca de la compunción, aunque haya podido hacer algún bien.

Traducido por psaltir Nektario B.

Para crisoescortodoxo.com

© Marzo 2015